

## Editorial

# Un recuerdo para Florencio Escardó

En estos momentos tan tristes de la Argentina, con tanta desocupación, hambre, corrupción e indiferencia, debemos resaltar la figura de los que dejaron obras positivas y ensanchar el campo de los valores reales. Es necesario que los niños y los jóvenes rescaten los sueños para recuperar la confianza y la fuerza que les permitan construir un país mejor.

Quienes conocieron al Dr. Florencio Escardó aseguran que no podrán olvidar, sobre todo, su pasión. Frente a lo que consideró injusto, intolerable o anacrónico, opuso su criterio con fervor y el tiempo se ocupó muchas veces de no desmentirlo.

Gran renovador de la pediatría argentina, nació en Mendoza el 13 de agosto de 1904 y murió en Buenos Aires, a los 88 años, el 31 de agosto de 1992.

Se recibió en la Facultad de Medicina de Buenos Aires un 20 de junio de 1929 y su diploma, como decía con orgullo, lo firmó el escritor Ricardo Rojas, el Rector que renunció a la Universidad luego del golpe militar del 6 de septiembre de 1930.

Desde muy joven su polémica actitud, que le valdría no pocas críticas, se orientó hacia los aspectos psicoemocionales y sociales de la pediatría. Su pensamiento siempre tuvo vocación de concretarse en hechos y desde la cátedra y la práctica profesional se fueron cristalizando en avances que hoy vivimos como evidentes e insoslayables: la lucha contra el abandono y el hospitalismo y su dramática incidencia en la salud del niño, lo que llevó a hacer de la internación conjunta madre-hijo una condición de humanismo y eficacia ineludible. Escardó recalco siempre que el año 1929 fue totalmente decisivo en su vida. “¿Cómo alguien puede aprender pediatría si no está al lado la madre? Tardé treinta y dos años en conseguir que las madres entraran a la Sala en el Hospital de Niños –¡treinta y dos años!– Es lo único de lo que estoy orgulloso en la vida.”

Cuando se pretende renovar y romper el *statu-quo* con seguridad se encontrará oposición y se necesitará, además de la idea, una buena cuota de luchador. Escardó rescató al humanista hasta integrarlo con la *techne*, porque ésta tiene que estar al servicio del ser humano.

Comenzó a incorporar la interdisciplina, una de sus profundas preocupaciones, con las psicólogas y las asistentes sociales en el Equipo de Salud pediátrico, así como el respeto por el derecho del niño a ser considerada persona, sujeto y eje del accionar pediátrico.

Los comienzos de su actividad asistencial en la Maternidad Samuel Gache del Hospital Rawson revelan su preocupación por el recién nacido, pero su principal aporte fue, desde 1926 y durante 45 años, en el Hospital de Niños “Dr. Ricardo Gutiérrez” del que llegó a ser Director.

Quienes compartieron ese dilatado tiempo recuerdan con qué cariño evocaba a su maestro, el Dr. Aquiles Gareiso, Jefe del Servicio de Neurología del Hospital.

Florencio Escardó recorrió todos los cargos de la carrera hospitalaria y llegó a jefe de Servicio de su querida Sala 17 el 25 de septiembre de 1957.

Su actividad académica se inició, y él mismo se enorgullecía al mencionarlo, cuando ingresó, a los 12 años, en el Colegio Nacional de Buenos Aires.

Su Tesis de Doctorado: *La enfermedad celíaca* recibió el Premio Angel Centeno en 1933.

Como Profesor Adjunto presentó su Tesis de Profesorado *La neumoencefalografía en el lactante* en 1944 y en 1956 fue designado Profesor Titular de la II Cátedra de Pediatría que ejerció durante 13 años.

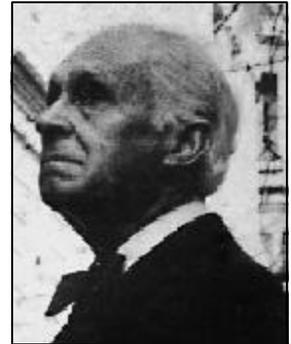
Como Decano de la Facultad de Medicina en 1958 y luego como Vicerrector de la Universidad de Buenos Aires, pudo transformar los regímenes del Colegio Nacional de Buenos Aires y del Carlos Pellegrini, hasta ese momento sólo de varones, en colegios mixtos de varones y mujeres. Precursor de este tipo de enseñanza, recibió duras críticas por la iniciativa, que le valió un nuevo frente de polémica.

En su Cátedra quedaron dos aulas, un Centro Audiovisual, un Pabellón de Psicología con ocho consultorios y una sala para terapia de grupo; una Unidad Metabólica completa, el primer Laboratorio de Bacteriología pediátrica, que dirigió una de sus discípulas más queridas: Adela Caria; un Laboratorio de Microquímica, un Laboratorio de Isótopos controlado por la Comisión Nacional de Energía Atómica. Tuvo dos Residencias, la de Clínica Pediátrica y la de Psicología Clínica, de su creación. Creó también centros de estudios, la Escuela para Padres y estimuló tareas de investigación.

La amplitud de su mirada lo llevó a instituir en su cátedra el trabajo en terreno. Había que incluir los aspectos sociales de las familias a las que se asistía. Así, sus alumnos tuvieron oportunidad de realizar experiencias de trabajo asistencial y comunitario como extensión universitaria en la isla Maciel y darse cuenta de aspectos hasta entonces no valorizados en la práctica hospitalaria. Implementó entonces temas de atención primaria y participación comunitaria que hoy son comunes, pero para los cuales debió luchar contra los prejuicios de la época. Siempre, repetía, la comunidad enseña y se organiza sola.

Este hombre que decía de sí mismo: “Soy un pensador solitario, poeta, escritor, periodista, actividades que significan el ejercicio de la persona”, no podía hacer de su vida sino un despliegue de potencialidades.

Su sensibilidad desbordó en la literatura y desde joven colaboró en el diario *Crítica* junto a Conrado Nalé Roxlo, Carlos de la Púa y Jorge Luis Borges. Más tarde, primero con el seudónimo de Juan de Garay y luego como Piolín de Macramé, como lo bautizó Nalé Roxlo,



sería la ironía y el estímulo del pensamiento crítico. Desde *Clarín*, *El Mundo*, *La Razón* y, en sus últimos años, en *La Nación*, nos ofreció la prosa del observador irónico, la mirada del humorista lleno de agudeza y la agria melancolía sobre las debilidades cotidianas. Terminó siendo, desde 1989 hasta su muerte, Presidente de la Sociedad Argentina de Escritores.

“Esto de hacerme presidente de la SADE es una humorada de la gente, yo soy médico. Aunque si yo no hubiera hecho humorismo, no hubiera podido ejercer la medicina; nuestra profesión es muy triste”, dijo muchas veces Escardó. Sobre esta paradoja puede entenderse mejor la vida de quién se definía como “un becario de la comunidad, porque a mí el país me ha pagado los estudios desde el primario hasta la formación del posgrado”.

Admiraba a José Ingenieros y Eduardo Wilde, que habían sido médicos y escritores como él. En su ensayo sobre Eduardo Wilde, de quien siempre recordaba la tesis sobre el Hipo, escribió que “el humorismo es una transacción honorable entre la agresión y el perdón, es el término medio entre el amor y la crítica”.

Su veta poética apareció siendo muy joven; sus libros: *Versos*, publicado en 1922 cuando tenía 18 años y más tarde *Poemas de la noche*, *Siluetas descoloridas*, *La sombra de la nube* y *De niños para cuentos*, así lo atestiguan.

En otro orden escribió *Cosas de Argentina*, *Un pueblo desierto*, *Geografía y Nueva geografía de Buenos Aires*, *Ariel o el discípulo*, *Pinocho* y *Peter Pan*, *Sydenham* y *Don Quijote*, *La Casa Nueva* y la recopilación de sus artículos firmados con el seudónimo Piolin de Macramé en *Oh!* y en los *Nuevos Oh!*

Varias generaciones de médicos, entre 1940 y 1955, se conmovieron con sus editoriales y sus artículos en la *Revista Roche*. El cine también guarda su pluma en el guión de una película, *La cuna vacía* que narraba la vida del Dr. Ricardo Gutiérrez.

Como pionero de la Educación para la Salud de las familias se adelantó a su tiempo; así lo acreditan sus artículos firmados en la revista *Mundo Argentino* en la sección “Para las madres” y con el seudónimo de Dr. Bonanfant en la revista *El Hogar*, en la sección “Malas costumbres de chicos buenos” entre 1936 y 1937.

Años después lo atrapó la televisión y el Canal 7 en la década del 60; todas las tardes a las 18 hs., las madres y las familias disfrutaban *Volver a vivir*, una audición que tuvo alto rating.

En 1969 publicó la *Enciclopedia Gastronómica Infantil* y fundó la revista *Mamina*, que tuvo mucho éxito.

Además, fue miembro titular de la Academia Argentina del Lunfardo, y no por casualidad. Cuando Ben Molar tuvo la idea de integrar 14 escritores, músicos y pintores para su homenaje a Buenos Aires, Escardó escribió los tangos: *¿En qué esquina te encuentro Buenos Aires?* y *La ciudad que conocí*, musicalizados por Atilio Stampone y Julio De Caro, que sellaron para siempre la identidad porteña de este pediatra nacido en Mendoza.

En la Sociedad Argentina de Pediatría ingresó en 1933 con el trabajo: *La curva ponderal del recién nacido*, en la primera semana Fue Miembro Titular, Secretario de

*Archivos Argentinos de Pediatría* y luego Director entre los años 1947 y 1949. En *Archivos* publicó más de 40 trabajos. Razones muy personales lo alejaron de la Sociedad, pero en el año 1984, al finalizar la presidencia del Dr. Teodoro F. Puga y al iniciarse la del Dr. Carlos A. Gianantonio, fue nombrado por ambas presidencias Miembro Honorario Nacional de la Sociedad.

Su participación en Congresos y Jornadas, tanto en el país como en el extranjero, originó premios y distinciones honoríficas de todas las Sociedades de Pediatría de América Latina y de algunas europeas.

Y sus libros... Desde sus aportes científicos, *Neurología Infantil* y *Epilepsia en el niño* que escribió con su maestro Aquiles Gareiso, *La Pediatría, medicina del hombre*, *Moral para médicos*, *Carta abierta a los pacientes* y *Anatomía y sexología de la familia*, dos libros con muchísimas ediciones, marcaron hitos importantes en sus publicaciones.

Producto de su actividad en la Maternidad del Rawson fue su *Nociones de Puericultura* Lo que hablamos hoy de prevención y promoción de la salud, podemos leerlo con deleite en este libro, como también en *Los alimentos del niño pequeña*, escrito en colaboración con el Dr. Mario Waissmann, en *La inapetencia infantil*, *Abandonismo y hospitalismo* y *El niño asmático*. Sus obras *El alma del médico*, *¿Qué es la Pediatría?*, *Elogio de la Pediatría*, *El médico y las gentes* y *La sociedad ante el niño* son precursores del primer libro sobre *Los Derechos del Niño* publicado por un pediatra argentino.

Cuando se aprestaba a dictar su clase final, la ovación que tronó en el Aula Magna de la Facultad de Medicina, mostró que hay momentos en que un hombre queda recompensado por el esfuerzo, las vicisitudes, la lucha de toda una vida.

En su despedida, el Dr. Escardó, ideólogo que hizo docencia de vida y que abrió la compuerta de la mentalidad estrecha que caracterizó a la Facultad y a las instituciones hospitalarias de la época, dijo que se alineaba con los viejos jóvenes y destacó: “Siento con todas las venas de mi alma que mi futuro es mi pasado del que hemos venido hoy a dar cuenta, refugiándose para estar seguro de ser absuelto, no tanto en mis trabajos y en mis días, cuanto en el cariño que ustedes me testimonian y que hoy me hace tanto bien”.

Gran demócrata y humanista, fue un hombre que se adelantó a su tiempo y marcó un camino: en la Argentina puede hablarse de una pediatría antes y una pediatría después de Florencio Escardó. La lucha frontal contra el hospitalismo, la pediatría como medicina de la familia, la consideración de las vertientes emocionales y afectivas en el diagnóstico y tratamiento de las enfermedades de los chicos y la defensa del niño como persona tienen para siempre la firma de Florencio Escardó, que en los últimos años de su vida fue declarado y reconocido como Ciudadano Ilustre de la Ciudad de Buenos Aires.

Dr. Teodoro F. Puga